

“Escritora”

La biblioteca estaba a media cuadra de mi casa. Y así fue como me convertí en devota de los libros. Me pasaba horas allí y leía con avidez, casi sin respiro. Un día cayó en mis manos Marianela de Benito Pérez Galdós. El final de la novela era previsible, pero a mí me conmovió. Y creí, sí, que podía escribir páginas parecidas a esas. ¿Qué necesito para escribir? Papel y lápiz y un lugar alejado del bullicio cotidiano. Y encontré un cuarto a mi gusto. En él ensayé las primeras líneas. No era nada fácil, pero no estaba dispuesta a claudicar. Creo que todo escritor novel tiene sus tropiezos. Pero mi imaginación se negaba a proporcionarme personaje, situaciones, temas adecuados para la creación. Y así estuve días y días sumergida en el no hacer. Empeñada a crear mi propia Marianela, volví a Pérez Galdós. Pero él se mostraba esquivo. Allí estaba su obra, más allá de mis limitaciones. Entonces traté de buscar testimonios de gente por mí conocida. Me acordé de aquella prima de mi madre llamada Erlinda, que por suerte tenía la sílaba Er, el comienzo de su nombre, porque de linda no tenía nada. No sólo eso, solterona, amargada, vestía siempre de oscuro y hablaba muy mal de los hombres. Mi madre nos contó que en su juventud se había enamorado de un viajante, que tenía la costumbre de picotear con una y otra dama, para luego seguir su itinerario, sin tomarse compromiso alguno. Esa experiencia fue terrible para ella, sentía que sus vecinas, al corriente de sus desdichadas relaciones, se burlaban de ella. Mi madre, decía que eran prejuiciosas invenciones. Dejé de lado este episodio y en mi novela, Erlinda se convirtió en protagonista de una historia de amor, similar a la de Marianela. ¿Cómo era el hombre del cual ella se enamoraba? Yo había visto la película “¡Qué bello es vivir!” protagonizada por James Stewart. Y me enamoré de él. Tenía todos los atributos masculinos que a mí me fascinaban. Y por obra y gracia de mi historia, Erlinda se convirtió en una mujer cautivante, altiva, de buena figura, que iba despertando pasiones a su paso. Creé un James Stewart a mi manera, al que llamé Laureano. Un seductor, del cual cayó rendida Erlinda. Y todo andaba bien, hasta que hizo su aparición otra mujer, que se parecía a la Mona Lisa, y esparcía misterio en torno de sí. Y aquí todo se desbarrancó. Los personajes se apoderaron de mi intelecto y no pude dominarlos. Laureano abandonó a Erlinda y se fue con la otra damisela. La pobre quedó solita y sola sin encontrar consuelo en su dolor. Yo tampoco tuve consuelo. Mi novela, si así podía llamarse, era un melodrama cursi, sin el menor vuelo literario. Semejaba a los novelones inquietantes de comadres que a la hora del mate, se ocupan de hacer y deshacer vidas ajenas. Entonces me dí cuenta de que no había nacido escritora como Emma de la Barra de Llanos, la famosa César Duayen, que con su novela Stella. Alborotó las letras de fines del siglo XIX. Y ¿Qué iba a ser? Volví a mis lecturas, pero nunca más a Pérez Galdós, ni a su ínclita Marianela.

Aída de Pauli